

## **PÍCARO DE CUMBRES Y LADRÓN DE TALEGAS.**

Seudónimo: Escribano del Azar.

Era en aquellos tiempos de azadón y reata, cuando los arrieros hacían de la sierra su camino y de las veredas su morada, cuando los lobos aullaban en las noches frías y los pastores, envueltos en sus zamarros, contaban historias al calor de la lumbre. En estas tierras agrestes, donde la piedra y el viento eran amos y señores, acaeció una historia que, si no es cierta, bien pudiera serlo, pues la sierra guarda más secretos de los que el hombre puede imaginar.

En el lugar de Rascafría, a la vera del Monasterio de El Paular, vivía un tal Bartolo, mozo de buena labia y mejor apetito, que tenía por oficio lo que el momento le pusiera por delante, ya fuese acarrear leña, hacer de guía o encandilar mozas en la taberna del tío Perico. Su figura, enjuta y vivaracha, se deslizaba entre los parroquianos con la destreza de un gato callejero, siempre atento a una oportunidad de llenar el estómago sin vaciar la bolsa.

No había desafío que desalentara su audacia, ni situación que no supiera torcer a su favor con una sonrisa ladina y una palabra bien dicha. Conocía cada sendero oculto y atajo en la sierra, cada truco para engañar al hambre y a la fatiga, y con el tiempo había forjado una reputación tan fascinante como temida.

Bartolo, que más astuto era que zorro en corral ajeno, tenía por costumbre arrimarse a la buena mesa sin más pago que su verbo florido y la destreza con que sabía contar cuentos que a todos hacían reír. Pero detrás de esa risa quedaba siempre la pregunta de quién, al final, salía perdiendo en sus tratos.

Sucedió que un día, habiendo escuchado que un viejo hidalgo de Madrid, don Tristán de Villamediana, ansiaba ascender hasta Peñalara, pero no confiaba en sus piernas tanto como en su bolsa, Bartolo se propuso ser su lazarillo en la empresa. Se presentó en la posada donde el hidalgo pernoctaba y, con zalamería de vendedor de crecepelo, le prometió una ascensión cómoda, con vistas celestiales y, por supuesto, historias que harían de la caminata un puro deleite. Con estudiada cortesía, describió senderos secretos que solo los más

intrépidos conocían, flores que susurraban al viento y un aire tan puro que rejuvenecía el alma. No hubo exageración ni grandilocuencia que no adornara su discurso, y con tales artimañas logró convencer al hidalgo de que se hallaba ante el mejor guía de la sierra. Así, con promesas de maravillas y ensueños, lograron pactar el ascenso para la mañana siguiente.

Ya en la senda, mientras don Tristán resoplaba como fuelle mal engrasado, Bartolo le narraba patrañas sobre antiguos bandoleros que escondían tesoros en las cumbres, lobos parlanchines que discutían con los arrieros sobre el mejor sendero y curas milagrosos que convertían vino en aguardiente de un simple rezo. Le habló de un caballero que había vendido su alma al demonio a cambio de conocer todos los secretos de la sierra, y de un ermitaño que juraba haber visto en la niebla a las almas de pastores extraviados. Pero el buen hidalgo, que más deseaba un alto en el camino que fábulas bien hiladas, preguntó por un manantial donde refrescar el gaznate y aliviar la fatiga. Bartolo, sin perder la compostura, le indicó una pequeña poza donde, según él, el mismísimo Felipe II solía calmar su sed en sus correrías por la sierra, y donde, si se escuchaba con atención, todavía se oía el murmullo de sus plegarias.

Mas he aquí que, cuando el hidalgo se inclinó para beber, Bartolo, raudo como ardilla en tronco hueco, le extrajo la talega con los maravedíes y emprendió ligero camino por entre los piornos. Apenas sintió la ligereza en su cinto, don Tristán levantó la vista y, al ver la figura escurridiza de Bartolo perdiéndose entre los matorrales, lanzó un bramido como nunca lo había hecho. "¡Rufián, bellaco, ladrón de caminos!", exclamó con furia, intentando erguirse con prontitud, pero la edad y la falta de costumbre en tales lides le jugaron en contra, y terminó resbalando con las piedras mojadas del manantial. Se irguió con dificultad, sacudiéndose el polvo con dignidad, y aunque sus piernas no le daban para la persecución, sus gritos alertaron a un par de pastores que merodeaban por la zona. "¡Que no escape el malandrín! ¡Me ha robado mi talega y, peor aún, mi confianza en los guías de montaña!", rugió, mientras los pastores intercambiaban miradas de diversión y escepticismo.

Bartolo, entre tanto, se internó en los riscos como un gamo, riendo por lo bajo y sintiendo el alivio de quien sabe que, al menos por esa jornada, ha salido airoso. Saltó entre rocas, se ocultó tras los peñascos y descendió raudo como el agua en el arroyo. Más de una vez tropezó y rodó cuesta abajo, pues la sierra, aunque compinche de pícaros, también tiene su carácter. Con el sudor en la frente y el botín en la mano, llegó a la taberna de tío Perico, donde convidó a todo aquel que se hallaba presente, proclamando con sorna: —Brindo por la buena fe de los hidalgos y la viveza de los guadarrameños.

Rieron los presentes y bebieron a su salud, ignorando que la montaña guardaba memoria de cada zancadilla que él mismo había esquivado.

Desde entonces, cuentan en la sierra que cada vez que alguien busca una fuente en Peñalara, el eco responde con risotadas burlonas, recordando a aquel pícaro que supo convertir la montaña en su propio reino de picardía y buen humor.

Pero el destino, que no gusta de dejar historias sin su justa retribución, quiso que Bartolo encontrara su propia lección. Días después, en un recodo del camino de La Pedriza, se topó con un grupo de serranos que, habiendo oído de su fama, quisieron ajustar cuentas con el bribón. Con sus mañas y su lengua, intentó zafarse, prometiendo historias aún más grandiosas, pero la astucia de la sierra no se deja engañar dos veces.

Lo rodearon sin darle espacio para escapar, cruzándose de brazos y mirándole con esa paciencia que solo tienen los que saben que el tiempo juega a su favor. Bartolo, viendo que la sierra esta vez no se prestaba a sus tretas, ensayó su mejor sonrisa y propuso un trato: si lograba hacerles reír hasta que las lágrimas les nublaran la vista, le dejarían marchar sin más represalias. Los serranos, curtidos en faenas y en cuentos, se miraron con sorna y aceptaron el reto.

De tal suerte que Bartolo, con su lengua de oro, empezó a hilvanar historias con más laberintos que los senderos de la montaña. Relató cómo engañó a un corregidor haciéndole creer que la luna se vendía en frascos, cómo convenció a un noble de que su sombra le pertenecía y hasta cómo vendió aire de la sierra a

un incauto madrileño. Los serranos, al principio, le escuchaban con el ceño fruncido, pero poco a poco se les fueron relajando los semblantes, luego torcieron la boca en sonrisa y, finalmente, explotaron en carcajadas que resonaron por los riscos como si los mismos espíritus de la montaña se burlaran con ellos.

Cuando el más viejo de los serranos tuvo que secarse las lágrimas con la manga y el más joven se golpeó la rodilla de tanto reír, Bartolo creyó su victoria asegurada. Pero he aquí que uno de los más astutos le dijo:

—Bien nos has hecho reír, bribón, mas la sierra aún quiere su tributo. ¿No será justo que pagues algo de lo que has cobrado con tanto cuento?

Bartolo, sintiendo que el aire de la sierra se le volvía en contra, intentó una última argucia.

—¡Oh, nobles serranos! ¿No es acaso el ingenio un bien escaso y valioso? ¿No os he pagado ya con historias que podréis contar por generaciones?

Pero los serranos, que no comían de cuentos cuando había leña que cortar, le hicieron pagar sus antiguas tretas con una jornada entera de trabajo en la leñera del pueblo. Bartolo, que jamás había sido amigo del esfuerzo físico, terminó con la espalda molida, las manos cubiertas de astillas y el orgullo tan magullado como sus costillas. Y aunque su ingenio seguía intacto, aprendió que hasta la mejor labia tiene su precio cuando la sierra dicta sentencia.

Con la talega vacía y la dignidad arrastrada por los caminos de la fatiga, Bartolo comprendió que la picardía bien ejercida es un arte, mas si se abusa de ella, el mismo destino se encarga de pedir cuentas. Desde aquel día, si bien no dejó de ser un maestro en el arte del embuste elegante, aprendió a medir mejor sus engaños y a no tentar en demasía la paciencia de la sierra.

Cuentan los pastores que, con menos ínfulas de ladrón de talegas, se dedicó a ser guía de buen corazón, aunque su lengua nunca perdió la viveza. Sus historias, antes trampas disfrazadas de palabras, se volvieron relatos de

advertencia y regocijo. Pero nadie puede cambiar del todo su naturaleza, y dicen que aún, en noches de luna llena, cuando algún viajero descuidado camina por los senderos de Peñalara, una sombra ágil se desliza entre los arbustos y con la suavidad de un murmullo le pregunta con fingida inocencia:

—¿No tendréis por ahí un maravedí para un pobre guía de montaña?

Y si alguien, apiadado, mete la mano en su bolsa, al alzar la vista ya no hay nadie, solo el eco de una risa burlona perdiéndose entre los riscos, como si la misma sierra se riera con él.